

## Sobre la democracia cultural y la construcción de la memoria en Argentina

Elina Tranchi<sup>1</sup>



Cuando a fines de 2001, Alfredo Monza, Miguel Murmis, y Julio Neffa expusieron en la Jornadas de Sociología de la UNLP, sobre las condiciones de desempleo record, pobreza extrema y exclusión social en Argentina, el futuro económico ya era incierto, la situación social se agravaba cada día más, la situación política parecía la antesala del infierno, y en las mismas Jornadas, Juan Carlos Portantiero describía a la sociedad argentina padeciendo una crisis hegemónica sin alternativas contrahegemónicas a la vista, sustentada en una democracia en la que, si bien los derechos políticos estaban afectados por la corrupción de un Estado clientelista con problemas evidentes en sus prácticas de institucionalización de esos derechos, éstos se hallaban formalmente garantizados más que en épocas anteriores, asegurando a los ciudadanos una relativa transparencia electoral y una renovación periódica de las autoridades, libertad de ideas y opinión, un sistema parlamentario más o menos estable, aunque con partidos políticos cuya representatividad estaba petrificada y al borde de la quiebra. Portantiero observaba que los derechos civiles y sociales se hallaban fuertemente deteriorados por las políticas neoliberales en curso, y que este deterioro polarizaba a los ciudadanos entre un sector integrado y relativamente



---

<sup>1</sup> Profesora de Sociología General de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP.  
E-mail: [emtranchini@cpsarg.com](mailto:emtranchini@cpsarg.com)



privilegiado frente a otro carente de derechos sociales y discriminado en sus derechos civiles, por lo que su ciudadanía política se hallaba limitada.

En esos días, no se había tocado todavía el fondo de lo peor y de lo que hasta entonces, había parecido inimaginable: Argentina declarándose en *default*, chicos escuálidos muriéndose de hambre, la implosión económica y social, la sociedad perdiendo sus referentes conocidos y cayéndose a pedazos. En este contexto, unos meses después, Touraine afirmaba que después de unas décadas durante las que el debate de las ciencias sociales había girado alrededor de las posibilidades de la democracia social, ahora el interés había virado hacia las posibilidades de la extensión de la democracia política al terreno cultural y a la discusión acerca de las opciones por el universalismo versus el comunitarismo. Touraine se preguntaba cuáles serían las fuerzas sociales o culturales básicas capaces de dar vida, a partir de abajo, a un espíritu democrático, que representaran su base movilizadora, y rescataba a aquellos movimientos indígenas latinoamericanos que afirman la cultura defendiendo la propia identidad a través del fortalecimiento de la democratización. Touraine desestimaba que hubiera en la América Latina de hoy, particularmente en Argentina, una capacidad de gran desarrollo de una cultura democrática.

Quiero reflexionar brevemente acerca de este último punto. ¿Es posible hablar de democracia cultural?, y en tal caso, ¿cuáles son las condiciones necesarias para que una democracia cultural sea posible? ¿Cómo construir una democracia cultural a la luz árida de una realidad de pobreza descarnada, con la sombra de un pasado de represión y genocidio, y en un momento histórico en el que las formas y sustancias de la política, según se dice, se habrían diluido en post ideología y habrían perdido su sentido?

En junio de 2002, cuando Alain Touraine expuso, las voces de protesta colectiva de los argentinos, los cacerolazos, piquetes, escraches, cortes de rutas, manifestaciones, protestas con distintos niveles de organizatividad, articulación y espontaneísmo, ya no sólo crecían en contra de la baja representatividad de los partidos políticos, sino que se mantenían firmes resistiendo la represión policial a pesar de varias muertes, haciendo renunciar un presidente, y pidiendo y exigiendo que se fueran todos. En contra de los que habían pronosticado el triunfo de la inacción o del conservadurismo, el silencio resignado o cómplice de *la vida cotidiana de los años de la dictadura y las administraciones del neoliberalismo* se había vuelto obsoleto, ya no se correspondía con la realidad de la cultura democrática argentina. El lavado hegemónico se había derramado,

y sus restos inundaban las reivindicaciones y reclamos en contra de un Estado ineficaz y del grave deterioro de los derechos sociales. Lo que se mostraba y autorrepresentaba como una negación y rechazo de la política ocultaba una ebullición política máxima, un momento político caliente en los términos de Baczko (1991), en busca de nuevas formas de organización política y sectorial y de articulación en la representación de las demandas. Al mismo tiempo, esa demanda de cambios radicales en el sistema político y en el sinceramiento de una democracia excluyente en la institucionalización de derechos sociales y civiles marcaba a fuego la defensa de aquellos valores que toda democracia liberal considera universalmente garantidos: solidaridad, demanda de una igualdad efectiva, el control del propio destino económico, exigencia firme de justicia.

En segundo lugar, la democracia cultural presupone la inseparabilidad entre el universalismo y las identidades comunitarias que son parte constituyente de las identidades nacionales: tribalismos, regionalismos, localismos, lazos étnicos y religiosos inclusivos. En un mundo en el que millones de refugiados, inmigrantes en busca de trabajo, perseguidos por guerras y limpiezas étnicas, exiliados, desplazados por razones religiosas, buscan en todo el mundo cruzar las fronteras ya no solamente para buscar democracia sino para sobrevivir o alcanzar las mínimas condiciones posibles para la propia vida, los derechos de los ciudadanos de cada nación, aquellos derechos que postulaba la clásica fórmula de la democracia liberal, comienzan a adquirir un alcance global y a mostrar su otra cara, su responsabilidad nacional y su obligatoriedad como garantes de las identidades comunitarias y los derechos humanos a nivel internacional, responsabilidad ésta que trasciende los límites del Estado-Nación. En una democracia cultural, las identidades comunitarias confrontan la tendencia a la homogeneidad, y el universalismo alcanza su sentido a través del reconocimiento y democratización del comunitarismo de los otros.

La cultura de la memoria y la memoria de la dictadura constituyen identidades comunitarias que definen la democracia cultural argentina y la historia argentina reciente. Tal como lo destaca Huyssen (2000), la masificación de la memoria por los medios de comunicación masivos en una variedad de memorias imaginadas es una de las formas en que la post ideología construye el olvido de las memorias vividas. Dice Huyssen que Argentina logró preservar una memoria nacional que pudo constituirse en una esfera pública de memoria real oposicional a las políticas de amnesia, silencio, obediencia debida, y reconciliación sin justicia. Huyssen también menciona los casos de la Alemania de posguerra y la

Yugoeslavia postcomunista, aunque en estos casos, el rescate de la memoria real habría pasado por otros procesos, particularmente en Yugoeslavia, donde la construcción de la memoria pervive cruzada por limpiezas étnicas y reclamos fundamentalistas.

¿Cuáles son las posibilidades de nuevas formas de democratización cultural en un contexto de capitalismo extremo, en el que asistimos a la presencia de un gran actor internacional hegemonizando e interfiriendo en las decisiones del resto de los actores nacionales debilitados y post globalizados? Zizek (1997) ha llamado la atención acerca del potencial oposicional de los nuevos espacios públicos de comunicación interconectados virtualmente, que constituyen una nueva multiplicidad de microesferas públicas funcionando activamente, y que han transformando la clásica idea habermasiana de una esfera pública unificada en el marco de un Estado-Nación, en una noción en permanente cambio y extinción. Estos espacios, cuya virtualidad trasciende los límites nacionales, penetran en la realidad social y modifican la subjetividad de los actores, alcanzando incluso a amplios sectores sin acceso directo a lo virtual pero cuyo entorno cultural se halla digitalizado, y se han convertido en canales alternativos que eluden la masificación y tejen redes de resistencia política y cultural en favor de la democratización y en contra de la globalización y la demonización de las esferas locales y comunitarias de parte de la ideología de la post ideología, ideología ésta que oscurece las contradicciones y antagonismos y es funcional al capitalismo extremo.

Finalmente, ¿cuál es el motor, la base movilizadora, de toda democracia cultural? En uno de sus textos más conocidos, *La educación después de Auschwitz*, Adorno reflexiona acerca de la banalidad que encierra todo debate sobre la educación que no se plantee como primera exigencia que un genocidio como el de Auschwitz no se repita. Adorno observa que las condiciones de la democracia formal, aunque necesarias, no han sido siempre suficientes para asegurar un clima social y ético adecuado, ya que, según observa, en muchos países europeos, el autoritarismo ciego y el fascismo han perdurado en condiciones de democracia formal, y es más, en ocasiones, han ganado en tenacidad, fuerza y persistencia. Rescata entonces como fuerza y motor de la educación, la autorreflexión crítica, en su sentido kantiano de emancipación, de pensamiento crítico que permite cuestionar e impugnar, responder por uno mismo, no entrar en el juego, no dejarse manipular, no sustraerse a la confrontación del miedo, no apartar con violencia la palabra de quien recuerda, no transformar en victimario

a quien reclama justicia. El peligro de toda teoría crítica, de toda cultura, “de toda poesía”, nos dice Adorno, está en no enfrentar el terror, en mantener el terror lejos de nosotros.

En la dirección del texto de Adorno, el desafío de toda construcción democrática, y yo diría, también el desafío de la teoría social de la ideología, es, citando al mismo Adorno, “sacar a la luz los mecanismos que hacen a los seres humanos capaces de tales atrocidades [...], mostrárselas a ellos mismos [...], tratar de impedir que vuelvan a ser de ese modo [...], disuadirlos de golpear hacia el exterior sin reflexionar sobre si mismos,” y a la vez, “despertar una conciencia general sobre tales mecanismos”. La autorreflexión crítica orientada hacia el reconocimiento de la política de los otros permite imaginar nuevos caminos de apertura y resistencia cultural, debatir y reclamar públicamente sobre límites y derechos, crear y organizar redes de solidaridad y reciprocidad de alcance local e internacional y articular colectivamente demandas representables, oponerse a la masificación, ir más allá de la política como simulacro y destapar sin vueltas los misterios de una sociedad globalizada. Es, en resumen, “la unidad de lo diverso” de que hablaba Marx, la materia concreta de la emancipación y la contrahegemonía.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adorno, Theodor, (1993) “La educación después de Auschwitz”, en *Delito y Sociedad*, año II, n° 3, septiembre, pp.39-53.
- Baczko, Bronislaw, (1991) *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Huyssen, Andreas, (2000) “Present Pasts: Media, Politics, Amnesia”, en *Public Culture*, vol. 12, n° 1, invierno.
- Zizek, Slavoj, (1997) *The Plague of Fantasies*, London, Verso.